

Uno sino Tres

Sebastián Aedo



Capítulo 1

(Ponte en el mood rascando una plancha de bronce oxidada. Si no tienes, sirve cualquiera. En mi experiencia es mejor apagada)

-Mira, si entró tiene que salir. O es su casa, por lo que tarde o temprano tendrá que ir a alguna parte, o es la casa de algún amante o pariente, en cuyo caso me guiará hasta su verdadero hogar. Y, entretanto, la esperaré pegado a la ventana, la lluvia cayéndome sobre los hombros. Hasta que se dé cuenta de mis intenciones y acepte compartir una pizca de salvia y un par de gemidos.

En mi mente no somos uno sino tres. El hombre bestia que protagoniza mis palabras y actos; yo en la obligación de observarlo, como espectadora de una mala película; y sobre ambos, una depresión omnisciente que gotea recuerdos adolecidos. De nosotros tres mi tarea es tratar de darle algo de sentido a la narración de mi propia conducta despreciable, en la medida en que los arrebatos de uno y los paréntesis en cursiva del otro me lo permitan.

El exabrupto anterior no es lo peor de este relato. No desde que, al nacer el día, llegué a Hueltún, el típico fuerte colonial imaginado hace un par de siglos en un valle de algún lugar de Chile. *(Excavaciones arqueológicas la ubican en algún lugar al sur de Hualpén y al norte de Cochabamba)*. Pero es única en cuanto a tejas rojas y pendejos sucios, idilia libre de flujos metropolitanos.

Arrastrando dos maletas y un bolso, me conduje a duras penas desde la profunda sima de su terminal de buses hasta la casona familiar. Y fue en este trayecto, cuando ya las primeras nubes se perfilaban en el cielo, que divisé la primera sorpresa con la que Hueltún me recibía: una esbelta muchacha caminaba seguida por un niño de unos cuantos años. Por la edad, podría haber sido su hermano o un primo lejano; mas por la forma en que agachaba la cabeza y entrecruzaba los pies, seguro era su hijo.

Por supuesto que cuando hablo de primera sorpresa no me refiero a estos triviales eventos. Sino a dos acotaciones que hice al instante sobre ellos. En primer lugar, el niño ostentaba un maltrecho polerón verde, idéntico a uno que alguna vez usé en mi infancia. Letras blancas excesivamente grandes garabatean alguna marca comercial. Lo segundo, fue mi descaro en sacar sin miramientos el celular y enfocarlo en la mujer: su cara, su trasero, cualquier atributo que la cámara arbitraria decidiera ensoñar. Tras un par de cuadras de seguimiento, revisé el resultado y comprobé que, con todo y el amateurismo de su confección, mezclaba una satisfactoria gama de tomas.

-Interesante pelo oscuro, labios gentilmente eróticos, ojos marrones de gacela, pestañas densísimas, dedos largos y un jeans gastado-así, en conformidad pajera, lo compartí por WhatsApp. Nadie me contestó.

(Casas coloniales rojas que empezaron a clarear. Escolta escóltalos, brisa marina imaginaria)

Aprovechando que nuestros caminos confluían, seguimos en fila india; la joven, su hijo, mis dos maletas que se dirigían solas, y mi maltrecho físico arrastrando el bolso. Mi intento de animar la marcha consistió en gemidos suaves pero enfáticos; una invitación animal a copular o por último un unilateral sexo oral. Ni una sonrisa triste recibí de respuesta. A su indiferencia contesté con aparentes excusas a mi comportamiento, como:

-Estoy humedecida.

O peor aún:

-Voy a ser tu virgen vejada.

Para fortuna de esta narración infame, ya llegábamos a la última curva antes de mi destino-que siempre ejerció en mí una extraña, y ahora explicada, fascinación-, y mis perseguidos, que deliro en acompañantes, dieron por terminado su paseo y entraron a la casa que la coronaba. En mi calentura pegué mi rostro a los ventanales empapados y les dirigí un soliloquio sobre mi nuevo amor platónico.

(Tal como el filme en que a Kevin Bacon le da

por cantar a Kirsten Dunst.)

Pero es el vidrio, no ella, y él soy yo.

-¿Vendrá de una mañanera reunión? Una misa o tal vez una junta vecinal. ¿O habrá sido un carrete de madrugada, distorsionado el tiempo por una intoxicación herbácea, neuroquímica o ambas?

Mi resoplido condensó y volvió a empañar el vidrio, en suspenso.

-Sí, es obvio que nos gustamos y cuánto la adoro. Y es que es sexo encarnado, un talle templado en conflictos incontables, económicos y amoratorios; carne tibia de pocos inviernos. Pero quizás... no sea mi tipo. Quizás no nos encontremos más.

Al parecer el silencio frío de la ventana lo escuché como una elegía al amor porque, con ímpetu renovado, continué con el párrafo que empezó este relato y unas cuantas reflexiones más. No vale la pena repetirlas; como mucho, acotar su ánimo de misoginia puberal. Cuando al fin me

aburrí y seguí caminando, para mi desgracia, ya pensaba en el pronto retorno.

Fue con las últimas horas de la mañana que llegué al hogar familiar. Es una mal llamada mansión, cabañita rústica de unos cuantos acres; enclaustrada de Huelitún y el mundo por un muro rojo que la contiene, a ella y a sus valles floreados. Me abrieron la puerta y fue un alivio deshacerse de mis bolsos en las manos de mi abuelo sonriente. Entré a la cocina y el tiempo empezó a distorsionarse. A estas alturas no sabría decir cuántas amanecidas pasaron, pero sí que me enteré de varios sucesos de interés. A saber:

Una pariente empobrecida encontró un oportuno empleo en un estacionamiento de compraventa de autos usados; más específicamente, de monster trucks usados que, de hecho, pertenecía a un lejano tío-abuelo. Él, en aristócrata beneficencia, le otorgó un cargo de aseo en la empresa familiar. Hasta allí nada raro. Sin embargo, en su segunda noche de trabajo, vivió una situación espantosa y notable. Estaba limpiando el interior de uno de estos monstruos, *(Mencionó que era de color azul. No he logrado descifrar la importancia de ello, pero por si el lector descubre alguna pista que omití, lo digo de todas maneras: era de color azul.)*

cuando sintió un sabor extraño en el aire, un dejo a arenque ahumado, que la hizo rápidamente bajarse. Al instante, una descarga eléctrica surgió del motor e hizo explotar la bestia en llamas anaranjadas. Una experiencia cercana a la muerte que contaba con bastante jovialidad, tal vez aliviada de su inminente boda (¿o era el divorcio?).

Otro sugerente evento que llegó a mis oídos fue la condición de mi abuela. Padecía de un terrible cáncer gástrico que le sirvió de perfecta excusa para reunir a la familia y sus discordancias; todo para verla morir en paz, y que también ella pudiera vernos vivir en paz. Al menos en lo que es la apariencia. Mientras le limpiaba el atril a mi guacamayo, Fafa, la escuché al teléfono. Se quejaba desconsolada de la vacilante convivencia de su parentela y, más grave aún, los estragos que ésta causaba en su enfermedad. Por mi parte, fui al estante cercano y tomé una bolsa de pastillas, me paré al lado de la matriarca y saqué un antiácido. La buena vieja me agradeció la preocupación, pero dijo que no se encontraba de humor para tomar uno. La miré sorprendido por un minuto. Había pensado en sacarlo para mí, pero recapacité y se lo ofrecí perseverante. Eventualmente, aceptó. Su silencio en tanto tragaba la tableta fue mi único consuelo estomacal.

Una cosa más. Tras años de monotonía, al fin habían cambiado el calendario de la puerta. No me gustó.

Se arrastró algo más el tiempo, y la situación en la casona me era ya insostenible. Preso de una disposición narradora de atar cabos y empaquetar historias, empecé a cranear algunos finales autoconclusivos para esa realidad desabrida. La intención era que mis parientes no se estancaran en un almanaque de principios de siglo por culpa de mi abuela y salieran a hacer su vida. Partí con Soledad, a la que incité a ir de una vez por todas a su boda/divorcio y seguí con quién sabe cuántos más.

Recuerdo un caso especial. Mi hermano Carlos es un individuo chico, algo gordo y a ratos revoltoso. Tendrá quince o dieciséis años, años más años menos, pero últimamente adolescente o, al menos, menor de edad. El sueño de Carlos era ser repartidor de pizzas. Su noble deseo se enfrentaba a los planes de sus padres, mucho más conservadores, que le programaban unas cuantas décadas de escuela y medicina.

Un atardecer, caminamos juntos por el barrio de curvas que antecede el hogar que compartíamos. Me detuve al pisar dos charcos en la tierra, que todavía se agitaban por gotas caídas de la mañana anterior. Saqué de los archivos de mi memoria un papel pegado en un poste y se lo entregué. Una promoción y un teléfono, para los interesados en trabajar en la central de masas de una famosa pizzería .

PIZZA CHUD

Requiere contratar a persona con disponibilidad de Lunes a Viernes de 8:30 a 18:00 hrs. para su Central de Masas.

Contacto:600 424 6000

-Anda Carlos. No sé si sea tu destino, pero habría que ser hueón para no intentarlo. No dejes que los finales felices se los quede Hollywood. Y si no necesitan gente, siempre puedes ser UberEats hasta llegar a donde necesites. O al menos tener la edad para hacer tus propias pizzas.

(De aquí en adelante, y no esperen que lo repita,la sucesión de charcos con sus gotas me siguió a todas partes)

Me lo pagó con una sonrisa rota, de diente chueco a encía roja. Volvimos repitiendo los mismos charcos, uno pequeño y otro más grande. Pero al rato, y hablo de unas cuantas horas después, peleamos. Quizás fue influencia de sus padres, el deseo de castigar mis favores indeseados. Odian por sobre cualquier cosa la interferencia en sus planos y esquemas de crianza total. Lo único cierto es que Carlos me arrinconó en la entrada de la casona y me atacó con su metralleta de pan. Me arrojó una salva que esquivé en su mayor parte, excepto un par de migas que me quedaron incrustadas en algún intestino. Irónicamente, me eché al suelo y me hice el herido. En seguida nos volvimos una maraña de brazos y piernas, *(Léase al ritmo de un coro de cangrejos)* enzarzados en un nudo

ciego.

Y así podríamos haber seguido, ajenos al tiempo, de no haber sido por una voz estertórea que me llegó desde las catacumbas de la casa:

-¿Han visto a Fafa? ¿Alguien?

Preocupado de inmediato y para librarme del empalagoso enfrentamiento luego, tomé la pistola y le disparé a mi hermano en la cabeza.

-Por un segundo sentí algo parecido al remordimiento. Sí, podría haber terminado la pelea sin víctimas fatales, pero no podía darme el lujo de poner en riesgo la seguridad de Fafa. Ahora bien, eso significa que puse la vida de mi mascota por sobre la de mi hermano. Pero ya me las arreglaré para contarle sin parecer tan descarnado-murmuré mientras me dirigía al este y a lo más profundo de la casona, siguiendo la voz sin cuerpo.

Llegué al despacho de mi abuelo, donde encontré un cúmulo de archivos y cajas con aún más archivos, completamente desparramados y el viejo a cuatro patas en medio del desorden. Revolvía y desrevolvía papeles ante un Fafa que lo observaba con desdén, sentado cómodo en el sillón a sus espaldas.

Se lo hice notar y el buen hombre sonrió aliviado.

-Chuta, -me explicó-había dejado unos papeles encima del sillón y se me desaparecieron. Me dio miedo que el Fafa se hubiera esfumado con ellos. *(El lector pensará que el viejo estaba chocheando. Se equivoca)*

Su sillón era sin duda algo especial. A sus pies existía un marcador que señalaba días, meses y años hasta el 2000. Debidamente ajustada la fecha y halando la manija de un costado, permitía viajar en el tiempo. Los años que faltaban del siglo XXI, mi abuelo, presionado por mi abuela, los compensó con un artesanal mecanismo de ropas viejas, por si acaso. *("Y es que no vaya a ser, Rafael, que las niñas quieran un top con pantalón militar, así que mejora el caracho y haz lo que te digo")* Lo que temió Rafael entonces fue que, reposando Fafa en el asiento, inadvertidamente haya pasado a llevar la manija y transportado a mi compañero y los documentos perdidos a través del espacio-tiempo hasta un desconocido destino. Aclarado el incidente, me retiré del lugar.

No terminaba de abandonar el interiorísimo de la residencia cuando observé a mi plumífero amigo sentado en las escaleras, pidiéndome comida. Consternado, regresé al despacho y lo encontré donde mismo lo había dejado: sentado ufano en el sillón sobre el desorden. Volví a subir y ahí estaba frotándose contra la pared en señal de agonía. *(En su lenguaje se expresaba pisando con fuerza un pie detrás del otro, dándome una sonrisa chueca y cerrando un ojo. Exclusivamente en ese orden)* Mismo

proceso un par de veces más, mismo resultado. Había pues, una sola explicación posible: uno de los pajarracos era una versión de un tiempo alterno, posiblemente, del futuro. La cuestión sería descifrar al "original" .

(Al llegar a este punto la cámara me enfocó en primer plano, simulando el marco de una ventana; con corte de hongo y sobre un campo dibujado)

Con ello en mente, me acerqué al Fafa pedigüeño y le olfateé el plumaje. Era áspero y sarnoso; visto de cerca, más murciélago que papagayo. Incluso despedía un curioso olor a naranjas vívidos y azules marinos. Tras un par de minutos, entonces, me quedó claro que el ave hambrienta era la viajera en el tiempo. Esto resuelto, quedaba pendiente el qué hacer con él. Y es que no me atrevía a liberarlo en la calle, era, al fin y al cabo, mi ánima, la mugre de mi uña, poto y calzoncillo. Pero tampoco quería conservarlo en detrimento del otro: mi corazón alcanza para un solo guacamayo o murciélago.

Volví donde el anciano y le pregunté:

-¿Crees que en el 2000 me hubieran dejado tener a Fafa?

Cabe señalar, que en esos tiempos hubiese sido joven y peligroso para tomar mis propias decisiones, por lo que dependía exclusivamente de la buena voluntad de mis familiares para quedármelo. Habría sido horroroso pensar en enviarlo al pasado para que terminase como ave callejera.

-Bueno, sí, yo creo al menos que hubieras tenido la madurez suficiente. Para tener un animal como mascota, yo creo que sí.

Aliviado, ajusté el sillón para el 28 de febrero del 2000, puse al murciélago sobre el asiento y tiré de la manija. Dio un estrépito de tres implosiones de mercurio, que sonaron como barritos de elefante, y con ellas mi acompañante desapareció.

Respiré aliviado y me permití sonreír. Ahora mi presente, pasado y futuro se verían unificados por una figura: la de Fafa. Todo muy bien pensado. Explico. Como el Fafa desaliñado era más viejo, viviría menos y, aunque suene cruel, moriría de seguro antes de que adquiriera al Fafa original (el 2010). Mi compañero animal convertido en un círculo sin fin. Juntos, por lo que es la eternidad.

Esperé un minuto que pasara algo, algún cambio en mi realidad hasta que me rendí. Lo había olvidado. No era como las películas .

(Lo que sí pasó es que las huellas en la tierra que me seguían a todas partes (recuerda) se hicieron más pausadas y lentas, de procesión religiosa; y un cacareo de papagayo acompañó la caída de las gotas. Éstas

no cambiaron sí)

(Este apartado lo titulo Der schwindelerregende Tunnel der Zeit) No sé cuántos años pasaron, pero estimo unos 5200. Seguía en el mismo despacho, echado en un sillón blanco como romano, con los ojos apenas abiertos. En mi mano un vaso a medio vaciar, y a mi alrededor la disipación propia de la madrugada, tipín, 3:20 am. Mi hígado empezó a despertar adormecido de un túbulo de acetato, y toleré mover un brazo. A tal señal, dejé que mi lucidez divagara tambaleante, en solitario vals en torno del ambiente orgiástico universitario. Universitario no tanto por vocación ni acompañantes como por el sentimiento familiar en los rostros desconocidos.

El sillón lo compartía con una persona de género y deporte preferido indefinidos. Al frente mío, el clímax del carrete era jugar con mi último artefacto. Consistía en arrojar Rocklets a un agujero en la pared. De allí ingresaban a un ingenioso mecanismo que los acababa por eyectar a través de una pipeta. Después, era cosa de comérselos de una vez o volver a tirarlos por el hoyo ad infinitum.

Una laguna. Un moreno con sospechosos aires de futbolista se reía y me tiraba dulces a lo que yo respondía comiéndomelos obediente.

Segunda laguna. Bailábamos un concierto de murmullos. Súbitamente interrumpió nuestra diversión la llegada del Peñi Chucho. Se rio agresivo de mi persona y me bombardeó con los Rocklets, furioso y coreado por un extraño alto y delgado. La agresión podría haber pasado a mayores si el Flaco Quezada no hubiera intervenido, en benigna munificencia.

Otra laguna más. El medio silencio de los que abandonan el antro. Me dedicaba a conversar animoso con el Peñi y la Foca Zobeida cuando se me ocurrió confesarme:

-Foca, tengo que decir que me siento atraído hacia ti...

-A ver hijo de la malaya, yo soy el único que tiene permitido joteársela- y Chucho se tiró encima de mí gesticulando.

A esas horas de la madrugada no tenía manera de saber si hablaba en serio o era sólo muestra de su peculiar humor ebrio, así que probé tratando de calmar los ánimos.

-Vives esto y no sientes nada-me respondió con su carcajada- Pero ¿a qué no sabes qué día es según el horóscopo maya? -a media voz, profético.

Y un vacío más. Ahora en un taxi acompañado de la bella mujer, la Foca Zobeida. Continué con mis patéticos intentos de seducción, mientras el taxista me veía por el espejo retrovisor y se reía a carcajadas. El vehículo se movía de un lado a otro con un traqueteo inestable. No avanzaba, sólo juntaba polvo en un sótano desconocido, en lo más recóndito de la mansión. Un vaho lo impregnaba todo, ocultando el mundo a los ojos menos Zobeida al frente mío. En un segundo, creí reconocer la mirada recia y chispeante del Peñi en el espejo antes de desvanecerme.

La última laguna. *(A estas alturas todas mis escoltas guardaban silencio, con la excepción de un aullido de perros sesenteros)* Los ojos legañosos de la Foca hicieron un movimiento de costado que me invitó a besarla. Le tomé la mano, me incliné sobre ella, y cuando mi boca tocó la suya, su cara se metamorfoseó en la de un felino arrugado. Tuve que recomponerme rápido y decir:

-Podría, sí. Pero no quiero eso. No sólo comernos. Quiero algo más de nosotros que consumarnos en un taxi estacionado.

En ese mismo momento sus rasgos se armonizaron, volvieron los ojos y labios dorados, el vestido de seda verde jaspeada y la envoltura de tabaco. Traté de acercarme una vez más, con ansias renovadas de sus labios. Empero de inmediato crecieron los bigotes y pliegues, y se redujeron los párpados y aletas. Para salir del embrollo le dije:

-Lo siento, eres demasiado hermosa y no puedo dejar de mirarte. Ni tus ojos, ni tus tetillas de gata. Así que voltearé para otra parte.

Tras un minuto que se me hizo eterno:

-¿Alguna vez has pensado en el milagro de la Creación? -da por toda respuesta.

Enterré la cabeza en el cuero gastado del asiento.

(El goteo se vio renovado, golpeando y deslizándose por algún vidrio. Los perros se pusieron tristes)

Al levantarla, era el alba y las catacumbas de la residencia en la que carreteaba habían sido sustituidas por luz brillante y el patio de la casa en la que vivía. Para todo efecto, sí, era el Valle de la Amargura, como decretó el profesor Pelayo a la totalidad del curso de Filosofía Literaria que me acompañaba. *(Para el estudiante interesado: si mal no recuerdo su tesis doctoral se apellidaba: Masculinidades kitsch en los diálogos socráticos, una aproximación conceptual)* Tal vez los mismos de la noche anterior, aunque ahora bastante más anónimos. Por si fuese poco, había

dispuesto también un examen: en las aguas que cubrían el valle colocó un tiburón de cola azul y una vela encendida. La tarea era sumergirse, conseguir la llama y volver con vida y la mayoría de las vísceras puestas. El éxito sería la prueba irrefutable en nuestros conocimientos de los postulados literarios de intelectuales tales como Baudelaire y Platón.

Pidió voluntarios mas nadie alzó la mano. Hizo como que dudaba un momento y dijo:

-Bueno, tendremos que hacerlo del modo más democrático posible... ¡Por lista! Su turno-me señaló con una mirada turnia.

-No, no, me niego-le respondí con sorna. - No voy a aceptar tales afrentas, seguramente por envidia -dirigiendo mis sospechas a los estudiantes que me rodeaban.

Sin embargo y como era de esperarse, nadie apoyaba el sádico examen y se plegaron con mis intenciones. La razón volvía a imperar. Pelayo trataba de mantenernos callados con anécdotas de bares europeos y callejuelas tortuosas. Entonces, del grupo se adelantó Inés, objeto puntiagudo en la mano, supuse a rescatarme:

-¿Acaso vas a pelear por él? - preguntó el profesor, algo entusiasmado por la idea de un duelo victoriano, rodeado de tiburones y poetas.

-No profesor, yo no soy de pelear-le contestaron para su decepción. Y para mi asombro, porque entendí que venía a forzarme a meterme al agua.

-Pero ¿por qué? Ya todos habían tomado mi lado, ¿por qué...?

-Fácil, dos palabras: no deberías de confiar en mí.

La verdad es que no dijo nada, pero ese melodramático intercambio funcionó bastante bien en mi interior. Tanto que, con los riñones deshechos en despecho, le escupí en el cabello.

Tal fue mi merecido fin. (*Hasta los perros y gotas callaron*) Al instante mis compañeros se cuadraron con Inés y pasaron de férreo apoyo a violenta muchedumbre. Incluso la Foca se pronunció en su defensa:

-Esta era mi vida-adjunta fotos, entre tantas alguna mía. - Harto comentario de mierda y algunas opiniones de fútbol. Cómo voy a extrañarlos ahora, siendo alguien por mí misma. Y relacionado a eso, aunque no digo que causa exclusiva, que conocí a mi amada Delfín, y aguantamos una declaración fallida, separarnos (curiosa aventura), otra declaración...-y así seguía, pero no viene al caso. Sólo decir, que lo acompañaba de una canción de ABBA y lo terminaba con una lista de

bandas musicales. Todas, por una razón u otra, inescuchables para cualquier ser humano decente. Sus palabras.

Mientras leía su funa, pasé a comprobar que el vídeo por WhatsApp nunca fue enviado. Quedó en el mero intento.

Con los pies sumergidos en el agua miré al horizonte, y divisé la aleta del animal, amenazante. Es cierto que Pelayo algo tenía de vocación pedagógica, así que no descartaba que el desafío fuese verdaderamente posible con los suficientes conocimientos y una argumentación breve. Pero tampoco dudaba que la poesía de mi autonarración traería mi muerte: rechazado por todos mis amores y en los dientes de mi mayor miedo. El fin que esta historia detestable necesita urgente.

(Al compás de una balada cebollienta ochentera)

Oteé atrás un par de veces. Estiré mi pierna para acariciar a Zobeida, pero ella me corrió a un lado con desagrado. El morrejo dio una vuelta ominosa. No me quedó más que entrar.

Me llegó el mar al cuello y luego de dos y dos brazadas ya había perdido de vista todo: compañeros, escualo, lumbrera y hasta mis propios intestinos. Mi lastimero intento suicida que me motivaba en un principio, se encontraba ya superado por el inexorable miedo a la muerte. El tiburón volvió a girar, con ínfulas de thriller erótico. Si no hubiera tenido la boca llena de agua hubiese gritado. Otras dos y dos, y me abalancé a la casa, a la vez que escuchaba a Pelayo vociferar:

-¿Ya la conseguiste? - preocupado de alcanzar a evaluar al resto del curso antes de la ventana de receso.

Con las manos entumecidas y el tiburón mordiéndome el pie, abrí la puerta de la casona y con el crujido de metales doblados corrí para adentro, siempre hacia lo más profundo y al este. Para desgracia de esta narradora, mi instinto de supervivencia se había despertado. Alertados por el escándalo, el curso se entretuvo persiguiéndome. El ayudante, fortachón y bien formado, trotaba tan cerca mío, que terminó por arrebatarme el pantalón.

Bajé las escaleras, entré al despacho de mi desaparecido abuelo, me abalancé en el asiento a toda prisa y tiré la manija. Los compañeros me rodearon en un ominoso semicírculo, mientras se me desparramaban las entrañas de izquierda a derecha y por todas partes...

(En mis oídos quedó un solo aullido, suspendido entre llamado y sentimiento)

Soy incorpóreo. Me paseo entre los rostros inmóviles de quienes fueron mis camaradas. Por algún motivo el sillón no había funcionado y me encuentro detenido en un tiempo muerto, un punto eterno.

Aprovecho de pasearme por la casona. En el despacho está Rafael, acurrucado entre tantos papeles que parece uno más, uno especialmente arrugado. Subiendo de la caverna, Fafa, hecho guacamayo y hecho murciélago, bramando su alma fuera con los ojos cerrados. En la cocina, mi abuela Gloria privada de su primer y último deseo. Más allá, en la entrada, yace Carlos, su cadáver abandonado con una miga de pan en la cabeza. Saliendo al valle, Soledad, mujer y tía deprimida por su matrimonio problemático. Y después, reconozco a Inés, a quien alguna vez quise, pero más pronto odié; y la Foca Zobeida y Natasha la desconocida de la curva, a quienes, en masturbación adolescente, amé demasiado tiempo y demasiado poco, respectivamente. Y al final de todas el viejo Pelayo, con su calva incipiente y el lápiz evaluador en el dedo. Me mira sorprendido por mi resurrección y repentina ubicuidad, a lo que sólo digo:

-Voy a hacerlo.

En algún lugar la llama submarina se apagó. Y con dos lentos pasos me sumerjo por completo en el agua, hasta que pueda abrir los ojos otra vez.

(A la superficie subieron primero muchas burbujas, enseguida otra sola y finalmente una pequeña)